



RECETA INFALIBLE

PARA LAS

MUJERES MAL CASADAS.

Tú que mal casada eres,
 porque fué la suerte infausta,
 del marido aborrecida,
 mal querida y peor tratada.
 Tú que vencerle pretendes
 te ves pobre y desgraciada,
 porque es jugador, travieso
 y descuidado de casa.
 Tú que creiste vivir
 muy alegre y descansada,
 con el santo matrimonio
 y con estado de gracia,
 rica, apacible y gustosa,
 deliciosa y bien empleada,

sin entender que tu esposo
 en nada te disgustara,
 atiende los documentos
 que en este te se preparan;
 no te aflijas, que consuelos
 te ofrece la piedad santa,
 como tú con la paciencia
 sepas conseguir su gracia.
 El primer preparativo
 que has de observar, mal casada,
 es amar á tu marido
 con tierno cariño y santa
 amistad tan verdadera,
 que no le agravies en nada:

no por la concupiscencia,
por el gusto ni la gala,
ni por su gran gallardía,
ni disposicion bizarra;
sino por el propio amor,
porque así Dios te lo manda.
Sirvele como á señor,
súfrele con tolerancia,
cuida mucho de su honor,
no le des pesar en nada,
estímale mas que á tí,
y los disgustos que traiga
cuando de fuera viniere,
bórraselos con tu gracia,
que agradarás al Señor
si te vales de esta traza.
Si contigo se agraviare,
no le repliques palabra,
ni le muestres altivez,
ni pongas ceño de cara,
no le mires rostrituerta,
ni separes mesa y cama,
porque con solo esta chispa,
podrá encenderse la llama.
Sufre y disimula cuerda,
no contradigas lo que habla,
obedece con modestia,
dile muy dulces palabras,
que si del todo enmudeces,
más que apaciguas agravias,
y si alguna vez la ira
superase tu templanza,
por cuyo fatal motivo
te mostrares enojada,
no sea por mucho tiempo
que te vea destemplada,
y en caso que te acaricie
correspóndele tú grata.
Aunque no tenga razon,
si la cólera le arrastra,
y el énojo le domina
toda humilde te avasalla,
sin contradecirle en cosa

de cuanto á él le agrada,
porque el soplo de un aliento
no apresure más la llama,
y unida á su condicion
se abrasaria la casa.
Pero cuando amaine el viento
y el mar se quede en calma,
entra tú como goleta
á rendir su intolerancia;
y si para combatir
respondiese con la salva,
no la empieces disparando,
tendrás paciencia, y aguarda
á ver si con otro bordo
le puedes dar la descarga:
que aunque sea mayor buque,
si la municion se acaba,
suele rendirse puntual
á quien la tiene sobrada,
y en tal caso podrá ser,
el que ganes la batalla;
que si él de una vez gastó
toda la pólvora en salva,
cuando quiera acometer,
no podrá, porque le falta.
Nunca del mal tratamiento
te quejes á nadie osada;
á tu padre ni á tu madre
porque es accion necia y mala,
recurre á tu confesor,
de quien saldrás consolada,
ó al confesor de tu esposo
contarás lo que te pasa;
y si fuese necesario
puedes declarar tu instancia,
á sus padres, y tus penas
cuéntales subordinada,
suplicándoles rendida
remedien tan fatal causa
porque si ellos le reprenden
los oirá de mejor gana,
que si tus padres lo hicieren
aunque con dulces palabras;

estimarán tu atencion,
te tendrán por cortesana,
acudirán al remedio,
con que quedes sosegada;
y si no bastase esto,
á Dios recurre postrada,
pídele el útil consuelo,
ofrécele resignada
á padecer por su amor
cuantos daños te prepara.
Si tiene aficion al juego,
estimare alguna dama,
ó viene de noche tarde,
sin cenar siempre le aguarda,
porque si él se reconoce
de tí tendrá grande lástima,
y si ya hubieses cenado
algun regalillo guarda,
que se lo darás humilde
en ocasion moderada.
Recíbele con cariño,
y verás cómo te ama:
no le des quejas jamás
de que la hacienda malgasta,
sino procura tener
economía en tu casa,
ahorrando gastos supérfluos
que no sirven para nada.
Dirás bien de él en ausencia,
y lo malo siempre calla;
que la discrecion consiste
en cubrir lo que agravia.
Así lo ejecutó Libia
siendo emperatriz cesárea:
viendo á su marido Augusto,
que muy divertido andaba,
le hablaba desentendida,
y en su ausencia le alababa,
con cuya accion tan discreta
le volvió á ganar la gracia,
siendo en su voluntad
la mas cuerda y estimada;
admiradas sus amigas

en mil ocasiones varias,
la preguntaron curiosas,
con qué ardid ó con qué traza
pudo vencer á su César;
á que respondió bizarra:
con callar y hacer su gusto,
sin contradecir en nada.
Conque si una emperatriz
á su dueño se avasalla,
y para templar su enojo,
se vale tambien de trazas,
bien puedes tú que eres menos,
prevenir la tolerancia;
y vencerás como Libia,
ganando tambien la gracia.
Unirástete á su querer,
cóformate en cuanto haga,
su opinion será la tuya,
sin replicarle palabra:
si oyes decir mal de él,
responde luego enojada,
defendiendo su derecho,
anhelando su alabanza.
Cuando de casa salieres
alcanzarás de él la gracia,
porque si ha de menester,
adonde estuvieres vaya.
Dile siempre la verdad,
sin querer encubrir nada,
porque si mentiras cuentas,
quizá querrá averiguarlas.
Nunca preguntes lo que hace
dentro ni fuera de casa,
porque no se de tu inspeccion
averiguar lo que haga.
Con ningun hombre tendrás
conversaciones livianas,
familiaridad estrecha
ni otras frecuentes palabras
aunque tu pariente sea,
y aunque veas que te alaba;
no hables con él en secreto,
ni le des, ni tomes nada;

á mirarle no te atrevas
con atencion á la cara;
desprecia con disimulo
sus lisonjeras palabras,
porque tal vez su dulzura
suavizará tu garganta;
no le respondas risueña,
no le atiendas cortesana,
porque el honor es muy frágil,
si la amistad es sobrada,
los celos son atrevidos,
y el hombre busca con ansia
cuando le trae la fortuna,
cuando la pasión le arrastra.
Si supieres con verdad,
que sea de mala fama
la mujercón quien paseas,
ó notada de liviana,
aborrece su amistad,
sin que llegues á enojarla:
olvidala poco á poco
hasta que en la cuenta caiga,
y la propia acción harás
con las amigas que andas:
corta el hilo á las visitas,

porque destruyen la casa;
la igualdad es muy dañosa
entre las buenas y malas,
y según con quien te juntes
te adivinarán tus faltas.
Con estos medicamentos
quedarás muy bien curada,
vencerás los imposibles,
darás alivio á tus ansias;
recurre á poner por obra
cuanto la receta manda,
y verás cómo tu esposo
te reconoce y te ama,
que aunque bárbaro le juzgues
él se humillará á tu planta:
tanto vence la humildad,
cuanto la soberbia daña:
y en tu defensa estará
el que todo lo avasalla,
el que lo domina todo,
el que disimula y calla
las ofensas repetidas
que comete quien le agravia,
á cuyo amparo y poder
acudirás resignada.



MADRID.

Despacho de J. M. Marés y Compañía,
calle de Juanelo, núm. 19.